CAPITULO XXVIII

Intimación á López.—Persiste en continuar la guerra

Repugnándole al general Gelly las frecuentes carnicerías, que desde algún tiempo atrás, venía cometiendo el ejército aliado, se apersonó al marqués de Caxias y le indicó la necesidad de salvar, ante la historia, los cargos que pudieran sobrevenir por el derramamiento de sangre del último ejército enemigo, formado en una tercera parte de niños y ancianos y soldados mutilados, y le hizo ver entonces la conveniencia de dirigir un ultimatum al dictador paraguayo.

Caxias, hombre generoso y compasivo, como son por lo general todos los intrépidos, aceptó complacido la indicación del general argentino, sucediendo otro tanto con el general Castro.

Este arranque de humanidad era en el momento en que los generales aliados estaban más que nunca seguros de la victoria; y si López hubiese poseido un átomo de patriotismo, salvado habría á su patria desolada. [1] Su ruina data desde ese día.

Aunque los documentos que voy á transcribir son conocidísimos, necesítalos la relación de esta campaña guardarlos en su seno.

Se reflejan en ellos dos lenguajes bien distintos: el uno, lacónico y sincero, respira la compasión por un pueblo desgraciado: el otro inhumano, envuelto en el velo del patriotismo, prefiere sacrificar hasta el último paraguayo antes que abandonar un poder que tiene por pedestal el hacha del verdugo y la brutal tortura.

Hé ahí los documentos:

Campamento frente á la Loma Valentina, Diciembre 24 de 1868.

A S. E. el señor Mariscal Francisco Solano López, Presidente de la República del Paraguay y General en Jefe de su ejército.

Los abajo firmados, general en jefe de los Ejércitos Aliados, y representantes armados de sus Gobiernos, en la guerra á que fueron sus Naciones provocadas por

(1) La emigración forzosa al interior, empezó desde el mes de Diciembre de 1868, y esas multitudes lanzadas en los desiertos sin amparo y sin alimentos perecieron la mayor parte víctimas del hambre y de las fatigas. Toda narración es pálida ante ese cuadro aterrador. La cifra que representa la mortalidad por acción de guerra en el ejército paraguayo, no alcanza á la décima parte de las víctimas que hizo el hambre y las enfermedades en ese pueblo desventurado.

S. E., entienden cumplir un deber imperioso que la religión, humanidad y la civilización les impone; intimando á nombre de ellas á S. E. para que dentro del plazo de doce horas contadas desde el momento en que la presente nota le fuese entregada y sin que se suspendan durante ella las hostilidades, deponga las armas, terminando así esta ya tan prolongada lucha.

Los que firman saben cuales son los recursos de que puede S. E. disponer hoy, tanto en relación á las fuerzas de las tres armas, como en lo relativo á municiones. Es natural que S. E. conozca á su turno la fuerza numérica de los Ejércitos aliados, sus recursos de todo género, y la facilidad que siempre tienen para hacer que ellos sean permanentes. La sangre derramada en el puente Itororó, en el arroyo Avahy, debía haber determinado á economizar las vidas de sus soldados en el 21 del corriente, no compeliendo á una resistencia inútil. Sobre la cabeza de S. E. debe caer toda esa sangre, así como la que tuviere que correr aún si S. E. juzgare que su capricho debe ser superior á la salvación de lo que resta del pueblo de la República del Paraguay. Si la obstinación ciega é inexplicable fuese considerada por S. E. preferible á millares de vidas que aún se pueden ahorrar, los abajo firmados responsabilizan la persona de S. E. para ante la República del Paraguay, las Naciones que ellos representan, y el mundo civilizado, por la sangre que á raudales va á correr y por las desgracias que van á aumentar las que ya pesan sobre este país.

La respuesta de S. E. servirá de gobierno á los infrascriptos que tomarán como negativa si al fin del plazo marcado no hubieran recibido cualquier contestación de la presente nota.

Marqués de Caxias.—Juan A. Gelly y Obes.—Enrique Castro.

Doce horas después, antes que concluyera el plazo, López contestó en los siguientes términos:

Cuartel General en Pikiciry, Diciembre 24 de 1868.

El Mariscal Presidente de la República del Paraguay debiera quizá dispensar de dar una contestación escrita á VS. EE. los señores Generales en Jefe de los Ejércitos Aliados, en la lucha con la Nación que presido, por el tono y lenguaje inusitado é inconvenientes al honor militar, y á la magistratura suprema con que VS. EE. han creido llegada la oportunidad de hacer con la intimación de deponer las armas en el término de doce horas para terminar así una lucha prolongada, y que aún tiene que derramarse si no me prestase á la deposición de las armas, responsabilizando mi persona para ante mi pátria, las Naciones que VV. EE. representan y el mundo civilizado; empero, quiero imponerme el deber de hacerlo rindiendo así holocausto á esa misma sangre generosamente vertida por parte de los míos y de los que combaten, así como al sentimiento de religión, humanidad y civilización que VV. EE. invocan en su intimación. Estos mismos sentimientos son precisamente los que me han movido ha más de dos años para sobreponerme á toda la descortesía oficial con que ha sido tratado

en esta guerra el elegido de mi patria. Buscaba en Yataytí-Corá en una conferencia con el Exmo. General en Jefe de los Ejércitos Aliados, Presidente de la República Argentina Brigadier General D. Bartolomé Mitre, la reconciliación de cuatro Estados soberanos de la América del Sud que ya habían principiado á destruirse de una manera notable; y sin embargo, mi iniciativa, mi afanoso empeño, no encontró otra contestación que el desprecio y el silencio por parte de los gobiernos aliados y nuevas sangrientas batallas por parte de sus representantes armados como VV. EE. se califican. Desde entonces ví más clara la tendencia de la guerra de los aliados sobre la existencia de la guerra del Paraguay y deplorando la sangre vertida en tantos años de lucha; he debido callarme y poniendo la suerte de mi patria y sus generosos hijos en las manos del Dios de las Naciones, combatí á sus enemigos con la lealtad y conciencia que lo he hecho y estoy todavía dispuesto á continuar combatiendo hasta que ese mismo Dios y nuestras armas decidan de la suerte definitiva de la causa. VV. EE. tiene á bien noticiarme el conocimiento que tienen de los recursos de que actualmente pueda disponer, creyendo que yo también puedo tenerlo de la fuerza numérica del Ejército Aliado, y de sus recursos cada día crecientes. Yo no tengo ese conocimiento, pero tengo la experiencia de más de cuatro años de que la fuerza numérica y esos recursos nunca han impuesto á la abnegación y bravura del soldado paraguayo que se bate con la resolución del ciudadano honrado y del hombre cristiano que abre una ancha tumba en su patria antes de verla ni siquiera humillada. VV. EE. han tenido á bien recordarme que la sangre derramada en Itororó y Avahy, debiera determinarme á evitar aquella que fué derramada el 21 del corriente, pero VV. EE. olvidarán, sin duda, que esas mismas acciones pudieran de antemano demostrarles cuan cierto es todo lo que pondero en la abnegación de mis compatriotas, y que cada gota de sangre que cae en la tierra es una nueva obligación para los que sobreviven. Y ante un ejemplo semejante, mi pobre cabeza puede arredrarse de la amenaza tan poco caballeresca, permítaseme decirlo, que VV. EE. han creido de su deber notificarme. VV. EE. no tienen el derecho de acusarme ante la República del Paraguay, mi patria, porque la he defendido y la defenderé todavía.

Ella me impuso ese deber y yo me glorifico de cumplirlo hasta la última extremidad, que en lo demás, legando á la historia mis hechos, solo á mi Dios debo cuenta, y así, sangre ha de correr todavía. Él tomará cuenta á aquel sobre quien haya pesado la responsabilidad. Yo por mi parte estoy hasta ahora dispuesto á tratar de la terminación de la guerra sobre bases igualmente honorables para todos los beligerantes, pero no estoy dispuesto á oir una intimación de deposición de armas.

Así, á mi vez, é invitando á VV. EE. á tratar de la paz, creo cumplir un deber imperioso con la religión, la humanidad y la civilización, por una parte, y lo que debo al grito unísono que acabo de oir de mis generales, jefes, oficiales y tropa, á quienes he comunicado la invitación de VV. EE. y lo que debo á mi propio honor y propio nombre. Pido á VV. EE. disculpa de no citar

la fecha y hora de notificación, no habiéndolas traido, y fué recibida en mis líneas á las siete y media de esta mañana.

Dios guarde á VV. EE. muchos años.

Francisco S. López.

Si de la mente de Washington, hubiese estallado ese noble arranque, esculpida en letras de oro pasara á la historia página tan brillante: pero en vez de un impulso heróico y abnegado era la más refinada hipocresía que rendía vasallaje al patriotismo. Ese documento resistirá los embates del tiempo, destilando gota á gota la sangre de un pueblo intrépido. La elocuencia de la tiranía se vuelve en contra.

Masterman, refiriéndose á él, dice con mucha razón:

"En el momento en que esto escribía, tenía las manos teñidas en la sangre de su propio hermano, y en la del obispo, que había sido el compañero de su infancia, amado condiscípulo y el amigo más sincero en todas las épocas de su vida; y en la de sus más fieles é intrépidos oficiales."

Y agregaremos: que aquel hombre que invocaba á cada momento el santo nombre del creador; ese azotador único de su madre derramará sin piedad la sangre de infelices prisioneros; de ancianos inermes, y débiles mujeres indefensas; inocentes todos de crímenes fraguados en la inquisición de su infernal espíritu.

Más que manchado con la sangre que al fin alivia los pesares de la vida, convertídose había en el verdugo implacable, que se goza en la agonía torturante que lentamente tritura, despedaza, reanimando en seguida una vida horrible para que tenga la fuerza de soportar con dolor más vivo los más horrorosos suplicios.

Aquella audacia de asesino había hecho temblar su mano, la firma traicionaba el infierno de su alma, negra como una caverna de víboras. Su orgullo insensato, sobreponiéndose á todo, hacía alarde de una tenacidad que alcanzaba con alta honra á los intrépidos paraguayos; pero nunca al único pusilámine de ese ejército resignado.

Alma abyecta, envilecida en el despotismo, sin un destello de grandeza; desconfiado y feroz como un salvaje, aleve matador de sus más valerosos sostenedores; porque no podía soportar la negra envidia que lo devoraba, su sombra heróica: el delirio del crimen lo carcomía, ofuscaba su mente atrabiliaria y armaba su brazo maldito é implacable, no con la noble espada del campo de batalla, sinó con el arma cobarde del asesino.

Los desgraciados argentinos sacrificados á la crueldad de aquel mónstruo, merecen por lo menos, que por un instante, al recordar sus tormentos, pierda yo mi sangre fría.

Más tarde probaron los aliados, al mundo atónito, que habían derramado la sangre de 100,000 de sus hijos,

empobrecido su tesoro, únicamente con el deseo de dar la libertad á un pueblo hermano, extirpando su feroz tirano; y la república Argentina, noble y generosa como lo ha sido siempre en todos los actos de su corta vida, olvidó sus inmensos sacrificios, y estendiendo sus brazos protectores á ese pueblo infeliz, exclamó: "La victoria no dá derechos."

Esa frase no será muy diplomática, pero tiene la grandeza del corazón argentino.

CAPITULO XXIX

Reconocimiento ofensivo y bombardeo del 25.—Destrucción del regimiento paraguayo de dragones.—Los generales aliados resuelven tomar á viva fuerza las posiciones de López.—Plan del ataque.

Conocida ya la situación que asumía López, los aliados se prepararon á darle el golpe decisivo.

Amaneció el día 25 y se establecieron convenientemente en la loma, frente á la posición enemiga en una línea semi-curva, 46 piezas de artillería argentina y brasilera y algunas coheteras más aproximadas.

Cada pieza debía lanzar 50 proyectiles en fuegos convergentes hácia el cuartel general de López.

Iniciado el bombardeo á las seis de la mañana, continuó durante una hora y enseguida avanzaron algunos batallones brasileros por el frente de su extrema izquierda y alcanzaron hasta un punto, próximo á la derecha enemiga, donde el 21 habían quedado abandonados el

Withworth de 32, y 3 cañones más, que fué imposible conquistarlos ese día á causa del sangriento rechazo.

Esta artillería fué tomada y llevada á nuestra retaguardia, los brasileros avanzaron algo más sobre un ángulo saliente de la posición; pero encontrando una enérgica resistencia hicieron alto, y prosiguió estacionario el combate de mosquetería por un momento.

Duró este hasta que se pudieron conducir los preciosos trofeos, retirándose enseguida las fuerzas empeñadas, con sensibles pérdidas.

Tuvieron 2 oficiales muertos y 17 heridos, 36 soldados muertos y 223 heridos.

López, por su parte, sufrió también bajas de consideración.

Cuando se acordó este bombardeo con los generales aliados, el generalísimo brasilero no manifestó la intención del reconocimiento ó de la intentona de avance que ejecutó ese día frente á su izquierda, y lo verificó sin que de ello tuviera conocimiento el general Gelly, pues de otro modo prestádole hubiera su cooperación, haciendo una demostración por la derecha. Y sin embargo, á pesar que cuando tuvo aviso de la operación, (no por conducto oficial) ya era tarde, nuestro general, deseando demostrar que estaba siempre dispuesto á coadyuvar á las operaciones que emprendiesen sus aliados, ordenó un audaz avance á la línea

de artillería argentina, que rompió incontinenti un rudo bombardeo sobre el flanco izquierdo del enemigo.

Dada la situación que había asumido el marqués de Caxias en esta campaña, hace suponer que no dieron participación á sus aliados; en la creencia, que en esta pequeña operacion podrían encontrar, tal vez *cateando* la posición del enemigo, el camino de una victoria definitiva, pero era la voluntad de Dios que los argentinos tuvieran la gloria de la última batalla de Itaivaté, ya que los brasileros habían tenido los de los combates anteriores de este mes.

En la tarde de este mismo día, López ordenaba al regimiento de dragones, de 300 plazas, que tratase de tentar un golpe de mano sobre el 14.° cuerpo de caballería brasilera que se había adelantado por la retaguardia de su posición.

Esta unidad de fuerza se ocultó en un bosque próximo y esperó el momento de caer por sorpresa sobre la tropa brasilera. Pero el coronel Alvez que tuvo conocimiento de la presencia del enemigo en aquel lugar, ordenó la retirada del 14.° cuerpo, de manera que maliciosamente pudiera atraer al regimiento paraguayo, alejándolo así de sus posiciones, para en seguida envolverlo y hacerlo pedazos.

El regimiento paraguayo avanzó rápido sobre los brasileros y cuando estuvo aproximado cargólos con ímpetu y consiguió algunas ventajas: no duró esta si-

tuación un momento, porque en seguida fué atacado por los flancos y convulsionado completamente. El regimiento deshecho se dispersó y emprendió la fuga hácia su campo donde no pudo ser perseguido á causa de la naturaleza del terreno.

200 muertos y 30 prisioneros, en su mayor parte heridos, fueron los trofeos de este degüello, donde bien se puede aplicar aquel adagio vasco. "Al roble caido todos le sacan hojas."

López desde una altura de su cuartel general contempló con ansiedad este combate, de un regimiento mal montado contra una gallarda división mandada por un bravo como lo era el coronel riograndense Vasco Alvez, y debió sentir una grande amargura al ver que un destino implacable, volviéndose matemático, hacía don siempre de la victoria á los gruesos escuadrones.

Pero la enfermedad estratégica y táctica del dictador paraguayo era incurable.

La agonía de Itaivaté iba aproximándose al extertor. Cada día era más crítica la situación de aquel último grupo de paraguayos. Armas, municiones, hombres y moral, todo iba faltando, y lentamente la destrucción de los bombardeos preparaban con una calma terrible el trágico final.

El descanso del día 26 fué precursor del desenlace de esta campaña, acordando los generales aliados que en

el día posterior, en seguida de un rudo bombardeo, se tomaran á viva fuerza las posiciones del enemigo.

El plan quedó limitado á un ataque por tres puntos; izquierda, centro y movimiento envolvente que entrando por el flanco derecho del enemigo atacase su retaguardia; mientras las columnas de ataque del centro y de la izquierda, avanzaban sobre el punto convergente que era el cuartel general de López. Con anticipación; el Potrero Mármol, *retirada obligada* del enemigo, debía ser guardado y, perfectamente vigilado por una fuerte columna de caballería; de manera que cuando López rechazado y deshecho emprendiese la fuga, fuera ésta impedida por aquella fuerza.

No sé que presentimiento tendría el general Gelly, cuando pidió al Marqués de Caxias el Regimiento San Martín que se encontraba formando parte de las fuerzas que bloqueaban á Angostura, para enviarlo al Potrero Mármol á aumentar la columna del coronel Alvez; pero Caxias le argumentó que en aquel punto existían fuerzas en demasía, y que por otra parte al coronel Alvarez lo necesitaba en el sector de bloqueo de que estaba encargado, tanto por su competencia, como por su actividad.

El general Gelly insistió; pero tales fueron los argumentos del Marqués de Caxias, que á su pesar se dió por convencido, y no se habló una palabra más del asunto, confiando sin duda en que tan claras eran las disposiciones estratégicas del Potrero Mármol, que sería antes,

durante y después de la batalla, el punto de mayor importancia. Téngase en cuenta que el objetivo era López, y que solamente por allí podría emprender la fuga.

El ataque á la izquierda del enemigo lo llevaría el general Gelly, el del centro el general Castro, y el de la derecha del general Rivas, todo á las órdenes del Marqués de Caxias. (1)

Las fuerzas argentinas y orientales debían dar el asalto y los brasileros de reserva.

Esta stiuación era debida á la calma del general Gelly, que siempre se había opuesto á comprometer un combate hasta no estar bien seguro, por los reconocimientos, de la verdadera situación del enemigo.

El ardor de Caxias y la serenidad de Gelly y Castro completaban con éxito el mando del ejército aliado en aquel tiempo.

Y debióse á este contrapeso de caractéres bien distintos y á la lealtad del general argentino, el éxito de esta campaña concluida con la ocupación de la Asunción, aunque con la *negra berruga* de la escapada de López.

---

(1) La dirección del ataque á la izquierda y centro del enemigo se llevaría por los mismos caminos seguidos por Bittencourt y Luis Mena Barreto en el asalto del 21; de manera que llamando la atención estos avances decídese del éxito de la jornada el movimiento envolvente.

Esta vez ya se conocía el camino seguro, debido á los reconocimientos y á las declaraciones del paraguayo Baldovino, elegido por guía para conducir la columna del general Rivas, cuyo movimiento, á no dudarlo, tendría que decidir la jornada.